THE HORUS HERESY®

THE FINAL COMPLIANCE OF SIXTY-THREE FOURTEEN

Guy Haley



That which the merciful Warmaster gives, he can also take away



LA HEREJÍA DE HORUS

EL SOMETIMIENTO

FINAL DE LA 63-14

GUY HALEY

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarca

HORUS	Primarca de los Hijos de Horus y líder de la rebelión

Personajes Imperiales de 63-14

MAIDER OQUIN	Gobernador planetario
ATTAN SPALL	Asistente del gobernador planetario

El Emperador os ha mentido.

La voz del Señor de la Guerra brotaba de todo sistema de difusión público, altavoz y dispositivo de comunicación del planeta. Su cara hablaba desde las gigantescas pantallas que colgaban de los rascaestrellas en lugar de las exhortaciones y los anuncios. Con su tono razonable, melifluo y persuasivo, Horus se dirigía al mundo de Goughen, otrora conocido como 63-14.

Os pido vuestra lealtad. No traemos la rebelión contra una autoridad legítima, sino que nos oponemos a un tirano que sólo se preocupa por sí mismo. Venid con nosotros. Habéis sido engañados. Deponed las armas y seguidme como el pacificador que soy por la senda de la verdad. Uníos a nuestra causa y liberaos del gran engaño. La Verdad Imperial no es más que una repugnante falsedad. El Emperador os ha mentido.

El gobernador planetario Mayder Oquin apartó la mirada de las vitrinas de trofeos y la dirigió a su asistente, Attan Spall.

—¿No hay manera de apagar esa maldita perorata?

—No, señor, me temo que no —se lamentó Spall.

Aún se dirigía a él como «señor» tras treinta y seis años después del sometimiento. Algunos hábitos no pueden dejarse atrás.

—Lástima —murmuró Oquin.

Permanecía erguido a pesar de su edad, con las arrugadas manos cruzadas a la espalda. Su uniforme —aún vestía el uniforme del Ejército Imperial cuando actuaba envestido de poderes oficiales— exhibía las marcas distintivas de un militar habituado a la pulcritud, al igual que su bigote, todavía negro, y la mata de pelo blanco que debía doblegar diariamente. La galería estaba intensamente iluminada, llena de espejos, con paredes de colores claros y brillantes suelos de mármol, de manera que los objetos expuestos pudieran ser apreciados en su totalidad. Una iluminación así podría poner de relieve cualquier detalle descuidado del aspecto de otro hombre, pero no de Oquin: en su caso, destacaba su apariencia inmaculada. La edad le había otorgado sabiduría, no fragilidad.

Su voz, más áspera de lo que una vez fue, seguía siendo fuerte e impositiva.

—¿Qué elegir, qué elegir? —murmuró.

—¿Señor? —preguntó Spall.

Cada palabra que Oquin pronunciaba sonaba como una orden que demandara una respuesta, lo deseara éste o no.

—¿Hmmm? Oh, tengo la intención de llevarme algo. Quizá como regalo para nuestros visitantes. Algo que les recuerde nuestra historia compartida.

—¿Es eso realmente necesario, señor? Lo único que tenemos que darles es una respuesta. Pronto.

—¡Oh, lo es, Spall! Es muy necesario.

El gobernador dejó vagar la mirada por su colección. Objetos tomados de una docena de mundos. Reliquias de civilizaciones largo tiempo muertas reposaban junto a los artefactos de sociedades incorporadas al Imperio, y los mementos ennegrecidos de aquellos que se habían resistido.

La Verdad Imperial no es más que una repugnante falsedad, repetía la voz del Señor de la Guerra.

Oquin examinó todos los objetos, expuestos cuidadosamente en las vitrinas de cristal. Eran su orgullo y su dicha. Un hombre austero como él no veía sentido a las baratijas ni a los adornos: la decoración del palacio se debía a su posición, no a sus gustos en absoluto. Su colección era la única indulgencia que Oquin se permitía, recuerdos de una vida entregada gustosamente al servicio de un alto ideal.

—Que no se me olvide —decía siempre.

Spall había oído aquellas palabras muchas veces, y sabía exactamente a lo que Oquin se refería.

El gobernador señaló a una máscara de piedra, alargada y grotesca, de labios exagerados y colmillos, y anchos ojos engastados en rutilante cornalina.

—Esa, creo, es mi favorita.

—¿Señor?

—La máscara de guerra de los bathranin —explicó Oquin, aunque Spall sabía perfectamente lo que era—. Antes de tu llegada. Hombres de las tribus de 63-3.

El nerviosismo de Spall aumentaba. Apretó con un dedo el comunicador de su oído y escuchó.

—Señor, la delegación comienza a impacientarse, igual que el primer ministro. El consejo insiste en saber qué le va a decir al Señor de la Guerra antes de que os dirijáis a sus representantes. No os pediré que os apresuréis, señor, porque no soy quien…

—Y no es por una cuestión estética, como comprenderás —lo interrumpió Oquin, ignorando la preocupación de Spall—. Estoy seguro de que puedes ver tan bien como yo que es una cosa condenadamente horrenda —dijo mientras sacudía la cabeza y sonreía—. Deberías haberlos visto, miles de ellos desplegados en nuestra contra, sus voces resonando tras la piedra. ¿Te lo puedes imaginar? Terrorífico, a su manera. Ese era mi segundo sometimiento después de que mi propio mundo se uniera al gran sueño del Imperio —resopló, como riendo una broma privada—. Yo no era más que un soldado raso. No tenía ni idea de qué esperar. Incluso después de haber visto a las legiones y sus primarcas, incluso contando con las increíbles armas de Terra, me costó recuperarme de la impresión de aquella imagen. Hombres primitivos pintados de barro rojo, cabalgando sobre bestias. Sin esperanza alguna, en realidad. A pesar de aquel alarde de bravura, no tenían ninguna posibilidad. Los bathranin eran valientes y orgullosos y se negaron a rendirse, así que los masacramos. Un trabajo sangriento. Fue triste, en cierto sentido: eran unos salvajes, después de todo, y no podían hacer otra cosa —Oquin alzó la vista, como si pudiera ver las luces de la flota de guerra en el cielo más allá del artesonado del techo—. La unidad de la humanidad. Ni la inocencia ni la valentía son protección contra una causa tan elevada.

Spall se aclaró la garganta.

—Señor, no quiero atosigarlo, pero debemos dar una respuesta. Llevan esperando fuera un cuarto de hora.

—¡Entonces bien pueden esperar cinco condenados minutos más! —gritó Oquin—. ¡Éste es mi mundo, su mando me lo entregó el propio Horus! —dio un manotazo en el aire como si apartara una mosca de su oreja—. Si tanto desea que le juremos lealtad debería haber venido él mismo en lugar de enviar a sus lacayos. No soy un

viejo que haya olvidado lo que se esperaba de él. ¡Soy el comandante de un planeta del Imperio! ¿Queda claro, Spall?

—Claro como el agua, señor.

—Muy bien —dijo Oquin, serenándose—. Y apaga tu comunicador. Yo he apagado el mío.

Un escuadrón de pesadas cañoneras sobrevoló el palacio del gobernador, ahogando momentáneamente el discurso repetido de Horus. Lo hicieron lo bastante bajo como para que las vibraciones provocadas hicieran temblar la colección de trofeos en sus vitrinas. Oquin se alisó la chaqueta. La amenaza que acompaña a la promesa. Siempre había sido así.

La última vez que Oquin lo había comprobado, había catorce naves de guerra en órbita. Eso ya era bastante amenaza. Aparte de los ancianos veteranos que se habían asentado allí, 63-14 apenas contaba con fuerzas armadas: sin flota, sólo disponía de algunas plataformas de defensa espaciales. Horus se había vuelto poco sutil; burdo, incluso.

Se detuvo frente a un vestido de malla de plata de 63-6, un atuendo tejido de pequeños anillos de metales preciosos entrelazados de una manera soberbia. No se trataba de una armadura, sino de una prenda de moda en la capital en la época del sometimiento. Le encantaba ver a su mujer cuando se lo ponía. Hacía tiempo que se había ido. Enfermedad. El peligro no cesa sólo porque la Guerra se acabe: erigir un mundo conlleva sus propios riesgos.

Era una bendición que ella no hubiera tenido que llegar a ver aquel día.

—Hermosa —dijo al recuerdo.

Spall siguió la mirada de su superior hasta la prenda.

—Sí, señor.

Oquin asintió. Spall había estado a su lado desde 63-6, primero como sargento, luego como su teniente, luego como capitán, y así sucesivamente, siguiéndolo por el escalafón, siempre un peldaño por detrás de él. Oquin no podía decir que le gustara Spall. Nunca podrían ser amigos, pero Spall era un hombre en quien se podía confiar. Aquello era por lo que Oquin había sido tan buen líder: podía

apreciar más allá de sus querencias personales la valía de un hombre. Todavía entonces le gustaba pensar que lo respetaban por ello. No se equivocaba.

Junto a la malla de plata había unos tecnobrazaletes de 63-10, desactivados e inertes, por supuesto; Oquin se había encargado de ello personalmente. A su lado había unas desgastadas piezas de metal obtenidas en las margas de los bosques de los mundos prácticamente deshabitados de 63-13. Su superficie estaba cubierta de unos jeroglíficos que seguían siendo indescifrables. El misterio de su procedencia era intrigante, pero su auténtico interés residía en que una vez al año, siempre el mismo día según el calendario solar de su mundo de origen, aquellas marcas fluían y cambiaban

—Fascinante —dijo Oquin para sí antes de seguir caminando—. Absolutamente fascinante.

Dispuesto frente a él apareció entonces un exhibidor donde descansaban una serie de artefactos de diseño más común: vidrio, metalistería y dispositivos que, si bien simples, habían sido bellamente creados.

—63-7 —dijo, golpeando el cristal de la vitrina con un dedo, y sonrió—. Discriminaba menos en mis elecciones entonces. Mi espacio de almacenamiento personal me parecía tan amplio después de lo que había sido mi cuarto como teniente… ¿Lo recuerdas? Allí fue donde me nombraron capitán —aquello lo había llenado de orgullo, y todavía seguía haciéndolo—. ¡Qué noches! Qué goce. Después de las batallas iniciales el común de la población nos recibió con los brazos abiertos. Fueron sensatos.

—Sí, señor, lo recuerdo —Spall parecía menos ansioso, arrastrado como estaba por la nostalgia del antiguo lord comandante—. Las flores y los estanques.

—Y las mujeres, ¿verdad? —añadió Oquin con una sonrisa.

—Creo que es inapropiado hablar de ello, señor.

Oquin dejó escapar una carcajada. Se inclinó entonces para inspeccionar un juego de estatuillas de fertilidad de arcilla trocadas en 63-4.

—Somos viejos.

—Sí, señor.

—No creas que me quejo —dijo Oquin irguiéndose de nuevo—. Más de un siglo de vida es mucho más de lo que esperaba. Y qué siglo ha sido. Siempre me preguntaba, cuando era niño, cómo sería navegar allí arriba en el vacío. ¿Tú lo hacías?

—Sí, señor —dijo Spall, rememorando—. Cada noche, señor.

Oquin asintió dirigiendo la mirada a su asistente. Por supuesto, decía aquella mirada. Por supuesto que lo hacías.

—Ahí arriba, dondequiera que esté, apuesto a que Horus no ha envejecido ni un día. Qué insectos debemos de parecerle, nuestras vidas tan fugaces como los días de verano. Eso no puede ser sano. Los hombres no deberían vivir para siempre, ni siquiera hombres como él.

—¿Señor? —preguntó Spall con cautela.

—Esto es lo que ocurre cuando los poderosos son inmortales, Spall. Es inevitable, imagino. Al final, la ambición es un veneno para la lealtad.

—Señor…

Oquin se golpeó suavemente el labio superior con el índice extendido.

—No —dijo con resolución—. Hay veces en la que las rocas cantarinas de 63-9 son mis favoritas, pero hoy ese puesto lo tienen los bathranin.

—¿Va a coger la máscara entonces, señor?

Oquin se detuvo frente al objeto central de la colección. En una vitrina de la altura de un hombre estaba su armadura de gobernador, amorosamente conservada. Una coraza de color bronce con escarcelas y hombreras, y un casco coronado con los laureles de un conquistador, descansaban sobre un armazón de manera que parecía que un guerrero invisible la llevara puesta. En un expositor de madera labrada frente a ella había una pistola volkita que le habían entregado los representantes del Mechanicum de la 63.ª Flota Expedicionaria tras la batalla de 63-11, y una espada de energía. La cartuchera y la vaina pendían de un cinto bajo el peto. Oquin pasó la mano por el mecanismo de apertura oculto.

—Hoy no, Spall. Los recibiré como me dejaron, como un héroe del Imperio. Ayúdame con esto, ¿quieres?

—Señor… yo…

—No te quedes ahí, hombre. Ayúdame. Esta armadura sigue pesando lo mismo y yo ya no soy igual de joven.

Spall se acercó reticente a su comandante. Juntos sacaron la armadura del expositor y se la colocaron al gobernador, y Spall aseguró los correajes. Oquin sonrió con fiereza.

—¡Es condenadamente pesada! Mucho más de lo que recordaba. Sé que soy más débil que entonces, me lo esperaba, pero… —se admiró en uno de los muchos espejos de la sala—. Al menos todavía entro en ella —tendió las manos a Spall, quien le entregó el casco; tras colocárselo, se giró a derecha e izquierda—. ¡Ajá! Así por encima sigo pareciendo el cruzado que fui hace cuarenta años. Elegante, ¿verdad, Spall?

—Sí, señor.

—Dame los guanteletes y mis armas. Sólo la pistola y la espada, por favor.

Spall hizo lo que le pedía. Oquin repasó con la vista la hoja arriba y abajo, con la maravilla reflejada en su cara surcada de líneas, como si fuera la primera vez que la blandía.

Spall dio un paso atrás, notando un nudo en el estómago. Como había temido, Oquin no envainó la espada ni enfundó la pistola. En lugar de eso, presionó el botón de activación del arma y unas luces verdes marcaron el nivel de carga. A la vez, el campo disruptivo de la hoja zumbo al cobrar vida, y el aire a su alrededor crepitó, llenándose de olor a ozono.

—Señor, ¿qué va a decirles?

Oquin clavó sus ojos en él.

El Emperador os ha mentido, seguía repitiendo la suave voz de Horus. La voz de la paz. Os pido vuestra lealtad…

—Lealtad, Spall. Luché por el Señor de la Guerra. Él me promocionó, confió en mí, y lo amé por ello. Pero mi lealtad es para con el Emperador. La Verdad Imperial es la única verdad.

Lentamente, Spall desenfundó su pistola láser. El roce del metal contra el cuero cuando la extrajo completamente le pareció que sonó monstruosamente alto, más alto incluso que el mensaje en bucle de Horus. Alzó el arma con una mano temblorosa hasta apuntar a su superior a la cara. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Oquin no hizo ni el más mínimo gesto por detenerlo.

—Por favor, señor. Nos matarán a todos —su voz se quebró al final.

—Sí. Imagino que lo harán —Oquin sonrió tristemente—. Una reacción desproporcionada ante la negativa, pero ni mucho menos infrecuente en una acción de sometimiento. Porque eso es lo que es esto: un sometimiento al nuevo imperio del Señor de la Guerra —deliberadamente, Oquin le dio la espalda a su asistente—. Pero como aprendí cuando tomé parte en la masacre de los bathranin, Spall, hay cosas que son más valiosas que la vida. Quizá incluso más que la vida de todo un mundo —hizo una pausa—. Ahora voy a salir por esa puerta y dar mi respuesta. Eres libre de dispararme por la espalda, pero confío en que no lo harás. No, si recuerdas aunque sólo sea un ápice de todo aquello por lo que estuvimos luchando.

Oquin comenzó a caminar, atravesando la galería, con la frente alta. Spall dejó escapar un ruido estrangulado de su garganta. Siguió apuntando con su pistola al gobernador durante todo su recorrido. El arma temblaba, y su vista estaba turbia por las lágrimas.

No pudo hacerlo.

Mayder Oquin desapareció por el vano de la puerta.

Spall aún miraba mudo su arma cuando el fuego de bólter resonó por los salones del palacio.

63-14 había dado su respuesta.

FIN DEL RELATO